



Pascua 2026

Pasión y Resurrección, una realidad de cada día

Sólo tenemos que estar un poco atentos a los medios de comunicación para darnos cuenta que estamos viviendo muchas situaciones difíciles por todo el mundo en forma de guerras y conflictos armados. No, no podemos decir que no nos afecta, porque los hombres y mujeres que mueren o quedan mutilados en esas situaciones, son parte de la humanidad a la que pertenecemos y que un día Dios soñó a su imagen y semejanza.

Precisamente, en estos días en los que los cristianos estamos llamados a vivir y celebrar la Pasión y la Resurrección de Jesús, pero en realidad, si estamos atentos, esa Pasión y Resurrección acontecen cada día en tantos hermanos y hermanas clavados con clavos de intolerancia por ser “diferentes” por su forma de pensar, creer o amar, o traspasados por la lanza de la indiferencia, el abuso o cualquier tipo de violencia. Y de nuevo, muere Jesús crucificado.

En el evangelio de Mateo, en el capítulo 25, podemos leer: *“lo que hagáis con uno de estos, lo hacéis conmigo”*. Por eso sabemos que negar el alimento, el respeto o las condiciones mínimas de dignidad para vivir a un ser humano, es hacérselo al mismo Jesús. Ni más, ni menos.

Ante Jesús en la cruz, guardamos silencio y nos sobrecoge la visión de un hombre condenado a muerte injustamente, maltratado y apaleado, *“como cordero llevado al matadero”*, pisoteado y carne de burla. Ante esa imagen, no podemos evitar volver el rostro porque es terrible la visión. La sangre que brota por las heridas provocadas por la corona de espinas y por los golpes recibidos, la posición retorcida en la cruz, ya casi sin vida, de un hombre que apenas puede respirar y que está a punto de morir. Volvamos a contemplar esa imagen. Para los cristianos, contemplamos al mismo Dios, que por Amor se deja clavar en una cruz. Un amor inagotable, total, infinito, universal. *“Perdónalos, porque no saben lo que hacen”*. Contemplando, podemos salir corriendo como hicieron sus apóstoles, o podemos quedarnos sin saber qué decir, pero al pie de la cruz, abriendo nuestros brazos acogiendo, sintiéndonos perdonados. Entonces, surge la pregunta en lo más profundo de nuestro ser: Señor, ¿qué quieres de mí? ¿Qué puedo hacer por ti?

Y luego, la espera. Momentos de dudas, de miedos, de inseguridades. La fe se tambalea, y la crisis acontece. Pero en la mañana de aquel tercer día, María Magdalena, “el apóstol de los apóstoles”, ha sido testigo de la Resurrección de Jesús. Y corriendo, llena de emoción desbordante y de una alegría contagiosa, se lo dice al resto de discípulos y discípulas. ¡Ha resucitado! ¡Jesús vive! Y entonces volvemos a abrir las manos y descubrimos que esa es la piedra angular de nuestra fe. La Resurrección de Jesús y las nuestras con la suya. Dios ha vencido al pecado, a la muerte y a la cruz. El dolor ya no tendrá nunca la última palabra. Y miramos al mundo y también descubrimos que Jesús resucita cada día en tantos gestos y acciones de entrega, servicio y amor.

En nuestras comunidades de Fe y Luz estamos llamados a vivir en cada acontecimiento, en cada encuentro, en cada día la Cruz y la Resurrección. El dolor y la vida, que parece que no pueden existir uno sin el otro. En Fe y Luz somos conscientes del sufrimiento, pero también sabemos que la fiesta es expresión de la alegría por haber sido llamados juntos como familia.

No nos olvidemos de tantos crucificados hoy, de tantas formas, ni de tantas resurrecciones. Y en ellas, Jesucristo, que sigue muriendo y resucitando. Que lo celebremos en este tiempo y cada día de nuestra existencia.

¡Feliz Pascua!
Unidos en Jesús

Raúl Izquierdo García
Coordinador Internacional
de Fe y Luz

